



José Cadalso

Suplemento al papel intitulado Los eruditos a la violeta

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José Cadalso

Suplemento al papel intitulado Los eruditos a la violeta

En vez de prólogo leed esto poquito, y perdonad la cortedad

Me consta que ha salido, está saliendo, o va a salir una cosa entre crítica y sátira contra mí, y contra el hijo de mis entrañas, el papelito intitulado Los eruditos a la violeta.

Los sujetos que forman la sociedad literaria, que me va a impugnar, son personas en quienes contemplo y reverencio el más maduro juicio, la más profunda erudición, la más amena literatura y la más acreditada imparcialidad.

No escriben envidiosos del favor que el público me ha manifestado, ni deseosos de que yo calle en adelante, ni con otro fin alguno de tan mala calidad, sino para enseñar a la Nación, ilustrar la edad presente e inmortalizar su nombre por los siglos de los siglos. Amén.

—4—

Nota

El público, el impresor y yo esperamos la impugnación con la mayor impaciencia. El público para divertirse, el impresor para ganar, y yo para aprender. Lo cierto es, que lejos de engendrarse en mí algún odio literario por esto, me hará más apreciable el nombre de mis impugnadores; porque más estimo a un sabio que me contradiga, que a un necio que me aplauda.

—5—

Suplemento

En vista de la aceptación con que el público ha favorecido la obra, si así puede llamarse un cuadernillo de papel, cuyo título es Los eruditos a la violeta, me veo en la obligación de

obedecer las insinuaciones de algunos de mis lectores, y más cuando son del espíritu y del sexo que se puede inferir de la carta siguiente, que me llevó un criado desconocido, a pocos días de haberse publicado el referido curso completo de todas ciencias.

No sabiendo a quién dirigir la respuesta, porque venía anónima la carta, y no queriendo que esto parezca servir de excusa, para dejar de responder, la dirijo al público.

La carta, fielmente trasladada, decía así, ni más, ni menos: «Señor catedrático a la violeta: he visto el papel de Vmd. escrito contra los falsos eruditos, y en favor de los verdaderos sabios. Soy mujer, y por tanto, en el sistema de las gentes, no me han educado con el conocimiento de las Matemáticas, Teología, –6– Filosofía, Derecho público, y otras facultades serias, porque los hombres no nos han juzgado aptas para estos estudios. El porqué, yo no lo sé, ni creo lo sepan ellos; lo cierto es que mi sexo más hermoso, más suave, más eficaz, más perspicaz y más persuasivo, parece más dispuesto a los grandes progresos apetecidos por los hombres, no obstante la aspereza del suyo. Este es mi dictamen; y exponiéndole lisa y llanamente, me aparto de la vanidad de quererle persuadir a Vmd.

Volviendo al asunto presente, digo que la poesía sola es la facultad única que nos permite el despotismo de los hombres en Europa, así como en Asia el baño es la única diversión que nos conceden con alguna libertad. En este supuesto, el teatro es la única cátedra a cuya asistencia se nos admite. De la escena sacamos nuestra erudición; y Calderón, Moreto, Lope, Metastasio, Corneille, Racine, Crebillon, Maffey y Goldoni forman nuestras bibliotecas. Estaba yo muy satisfecha de que se había escapado a los hombres en esto una tolerancia capaz de llevarnos a todos los conocimientos humanos, cuando mi marido, hombre más racional y más amable que todos ellos, pues lejos de mirarme con desprecio, me instruye, como a sus hijos, me estima, como a sus amigos, y me ama, como a precisa mitad de sí mismo; mi marido, digo, me desengañó, demostrándome que hasta en la misma poesía hay mil tesoros ocultos, que no se descubren en el drama. Me ha explicado y hecho aprender de memoria excelentes trozos de los buenos épicos y satíricos, cuya hermosura y mérito no he hallado –7– en los dramáticos. Con esto, con un rostro mediano, bastante desparpajo y una lengua muy bien colgada, vea Vmd. si me tendré por juez en la materia. Así es; y como tal, después de haber leído la lección de la poesía, que Vmd. puso en el curso completo, y tomado su verdadero sentido, pronuncio, con toda la gravedad que requiere el importante caso presente, los siguientes fallos, a que Vmd. se servirá responder lo mejor que pueda.

I

Las odas de Horacio, trozos de Virgilio, epigramas de Marcial, y en general, todos los versos latinos, que Vmd. copia, debieran tener su traducción castellana al canto, para mí, y para otros individuos de mi sexo, y del de Vmd., aunque Vmd. perdone.

II

Los pedazos de Corneille, Racine, Boileau y otros franceses que Vmd. cita, debieran estar extractados y traducidos en buen lenguaje español, cual se habla en Burgos, Zamora, Valladolid y otras ciudades de Castilla la vieja, del mismo modo y por la propia razón que arriba dije.

III

Lo mismo digo, y por la misma causa, de los ingleses e italianos, y aun iba a decir de los griegos; pero me detuve, porque me consta que Vmd. ha olvidado lo poco que supo del – 8– idioma de los Píndaros, Homeros, Anacreontes; y sé que la conciencia de Vmd. (digo en lo literario) es demasíadamente escrupulosa para traducir al castellano la traducción latina de alguna obra griega y luego dárnosla por acabada de llegar de Atenas en derechura.

Es cuanto se me ofrece por ahora que decir a Vmd. cuya vida guarde Jove de todo mal; pero sobre todo, de un mal erudito, como Vmd. dice en su «Dedicatoria a Demócrito y Heráclito». Madrid, &c. &c.».

Voy a obedecer, aunque sin más mérito que el de la obediencia, pues estoy firmemente persuadido de que las ídoles de las lenguas son tan diferentes, como los temples de los climas y las naturalezas de los suelos; y por tanto creo que ninguna traducción es capaz de dar verdaderas ideas de la excelencia de un original, y ni aun siquiera de las medianas hermosuras.

Empiezo, pues, volviendo a hablar con mis discípulos, de los cuales algunos me han escrito, dándome cuenta de los progresos que han hecho, los aplausos que han tenido, los lances que han desempeñado y las esperanzas que puede formar la república literaria, si se llega a introducir el Curso a la Violeta.

Traducciones de los versos latinos, franceses, e ingleses que se citan en la lección de Poética, de Virgilio

Los versos hechos a las festividades que se celebraron en Roma, citados en la página 10 y son...

Significan castellanamente, a mi corto modo de entender

Los cinco siguientes, en la misma página, que expresan las quejas que daba el buen Virgilio, al ver que otro poeta, raterillo del Parnaso, se había llevado la gloria y la recompensa de la arriba citada adulación; a saber:

–10–

Quieren decir, si no me engaña el corazón:

Original y traducción que no deben olvidarse, porque esto de que uno haga el mérito y otro lleve el premio, sucede en nuestros días lo mismo que en los de Augusto.

Los dos que en la página siguiente expresan con mucha pompa la venida de la nueva descendencia, y son entresacados de otros muchos del mismo tenor;

Significan, según mi dictamen, salvo meliori:

Los de la página 12, que son los primeros del segundo libro de la Eneida, y denotan la atención con que todos oyeron los cuentos que les contó el viajante, y causaron tanto efecto a la señora Dido, como verá el curioso lector, y son...

-11-

Significan en romance...

Lucid, con este motivo, un poco de erudición, diciendo, qué muebles eran aquellos en que se colocaban los antiguos alrededor de las mesas; y en qué postura se ponían, que hoy se tendría por poca crianza, así como otras cosas muy usadas hoy hubieran parecido entonces muy extrañas.

Los siguientes versos en la misma página, que expresan los efectos que causó en el caballo de madera la lanza que le arrojó Laocoonte, y son...

Son como si dijéramos.....

Y el que refiere la aceleración con que Héctor manda a Eneas que huya de Troya incendiada, y dice...

Quiere decir...

-12-

Pero por cuanto forman un hermosísimo pedazo toda la aparición de Héctor a Eneas, y el coloquio entre los dos, sufrid, discípulos míos, que os lo refiera todo (y perdonad la molestia) traduciéndolo con la libertad que me da la gana de tomarme, sin ceñirme al riguroso método literal de traducir tan usado en nuestros días, como decir que los faroles de las calles deben tener cubierta de hierro blanco, (en lugar de hoja de lata) porque el original dice: Fer blanc: Quot homines tot sententiæ. ¡Bien traído Cicerón aquí! ¿No es verdad? Al caso.

Traducción

Ya me iba yo sin más, ni más, a ponerme a ello de veras, cuando me vino el felicísimo y preciosísimo pensamiento de echar el trabajo a puerta ajena, y así, levantándome del asiento, y dando cuatro pasos, que apenas habrá más al otro extremo del cuarto, saco de entre mis libretes la traducción de la Eneida por el insigne Gregorio Hernández de Velasco, por quien dice Luzán, con razón, que no tenemos que envidiar a Italia su Aníbal Caro; y la copia al pie de la letra con la mayor humildad, y es como sigue. Pero no. Copiadlo vosotros.

Lo que copiaré yo mismo es la imitación que hace de este trozo en su tragedia la Hormesinda, D. Nicolás de Moratín, a quien estimo tanto, como a poeta, (y no a la violeta) como cuanto a amigo, (tampoco a la violeta). Dice, pues, Pelayo en la escena 5 del primer acto...

Supongo que el tal imita de modo que dejaría envidiosos a los imitados, y si no, acordaos de lo que Júpiter dice a Venus en el Libro I de la Eneida, prometiendo que después de extenderse por todo el orbe el imperio de la descendencia –15– de Eneas, su hijo, se cerrarían las puertas del templo de la guerra y dice:

Y dijo Moratín...

en sangre las hinchadas venas;

, estando a su despecho

Aludiendo a Archimuza, encadenado en el Alcázar de Segovia. Preguntaréis: ¿Quién fue este Archimuza? Solo os puedo decir que no fue combate a la violeta el lance en que se le apresó.

Pero, para que la posteridad se desengañe de una vez, y vea la poca o ninguna fe que debe dar a los elogios que suelen prodigar los poetas a los héroes, sepan cuantos siglos vieren este mi presente Suplemento, o bien colocado en la biblioteca de algún sabio, que lo sacará con mucho tiento de su estante, diciendo de él cuantas cosas sueñe, o bien puesta en alguna tienda, envolviendo canela, clavo, garbanzos, espliego, u otro –16– genero semejante, amén de pajuelas, cordoncillo para cotillas, ligas de la mancha o cañamones para canarios; sepan, vuelvo a decir, que el susodicho muy furibundo y espantoso Morazo, el señor Archimuza, en lugar de estar haciendo todas esas posturas de endemoniado, se estaba, para servirlos, muy quieto, haciendo cadenilla azul, con su gran jarra de agua fresca al lado; de la que se echaba con frecuencia unos tragos entre pecho y espalda, con mucha edificación de sus secuaces, que profesaban un sumo odio al licor tan reprobado por Mahoma, y tan aprobado por Anacreonte. Me preguntaréis, ¿quién fue Anacreonte? Si os lo dijera, supierais tanto como yo; y no quiera criar cuervos que después me saquen los ojos, ni alentar sierpes que me muerdan el seno, ni gentes que digan: «mi catedrático es un pobre hombre, sé tanto como él». No, amigos; yo también tengo mis misterios, ese es mi fuerte. ¡Buena reflexión para los que no han de ser héroes!

De Ovidio

Los versos de la elegía tercera de este caballero enamorado de profesión, poeta por naturaleza y desdichado por estrella, citados en mi página 13, y son, si no los he olvidado, desde que me costaron azotes de mano de un pedante, que hubiera trocado de buena gana todo Madrid, París, Londres, Viena, Nápoles, Berlín, Turín, Florencia, Leipsick y Leyden con Lovayna, Oxford, Bolonia, Salamanca y Valladolid, por un poquito de Atenas o de Roma.

En castellano ramplón se pueden traducir de este modo...

Los que se citan en la misma página del principio de la elegía séptima, y son unas finísimas quejas de los malos amigos, de que había buena cosecha en aquel siglo y país, y no faltan, gracias a Dios, en los nuestros, se me antojó traducir, no hace mucho, hablando de los mis amigotes, hallándome en una ocasión tan parecida a la de Ovidio, como una gota de agua a otra gota de agua, y me salió así, ni más ni menos, supuesto el original, que dice así...

-18-

Sacad los lentes, limpiadlos con los finísimos pañuelos, y mirad estos versos mismos castellanizados a mi modo.

Los que se siguen al mismo asunto, y son:

Merecen traducirse en una seguidilla, y aun son dignos de acompañarse con un par de compases de baile y música manchega, porque a tomarlo uno por lo serio, era cosa de morirse, y así:

Y por cuanto ninguno puede decir de esta agua no beberé, y alguno de vosotros podréis hallaros algún día en precisión de ablandar cóleras, por travesuras parecidas a las de Ovidio en todo, menos en lo ingenioso, diréis al mismo intento en romance, a no tomaros el trabajo de traducirlos menos mal:

-20-

Las comparaciones del libro cuarto en la primera elegía que os encargué aprendieseis de memoria, y son:

Si por mí fuera, se traducirían de este modo:

En la misma página está de su misma boca su vocación a la poesía, la riña que tuvo con su señor padre, y de ella puse cuatro versitos muy hermosos suyos, mezclados con un poco de -21- prosa mía y no tan buena, y son con otros, que entonces tuve mucha pereza para copiar:

Que yo hubiera traducido como sigue, si mi padre me hubiera echado semejante plática:

De Horacio

Luego pegué con el señor Horacio, y me acuerdo, que después de haber hecho de su poesía la crítica misma que yo he oído hacer a un personaje muy sabio sobre los et, y los medios vocablos con que acaba y empieza los versos, cité algunos principios de sus odas, y era la primera aquella que dice:

Y a fe que era un pedazo dignísimo de una buena traducción pomposa y grave, como las que hiciese Fray Luis de León, o uno de aquellos dos aragoneses que vinieron a enseñar el castellano a Castilla, según Lope de Vega, que tiene voto en la materia; pero no me hallo con igual habilidad, ni competente humor; antes con gana de tomarlo de burlillas; y así sin amplificar lo de mauris jaculis, ni decir quién era el caballero Fusco, ni hablar de Syrtes, ni decir qué casta de fruta eran Caúcaso, Hidaspes, (todo lo cual ya veis que me daría motivo para hacer ostentación de erudición fabulosa, como de los colores de su cola la hace un pavo real) diré en su lugar, con la guitarra en la mano, tocando un corrido malagueño:

Con más formalidad lo tomó un acérrimo apasionado de la lengua castellana, traduciéndolo en el mismo metro y número de versos; y viendo que yo lo tomaba de zumba, se me encaró y dijo en la cuarta canción de sus obras impresas:

En la página 16 cité aquello de:

Que significa que los años se pasan sin ser sentidos; cosa que hemos oído en prosa muchos años ha.

Luego traje a colación aquella majestuosísima oda, que no es para leída, aprendida, traducida, ni recitada por Eruditos a la Violeta; pero, en fin, allá va.

-24-

Y lo restante, que de buena gana copiara yo aquí, si no fuese por el escrúpulo de hacer muy costosa esta obrita; significa, pues, este principio en la lengua en que Carlos V decía que era justo se hablase a Dios; pero siempre con la protesta de que yo quiero traducir acá a mi modo, sin decir que sea bueno ni malo.

No olvidemos aquello que cito en la misma página 16, y explica la serenidad del hombre justo, aun cuando se halla en los mayores trabajos.

-25-

Y confesando lisa y llanamente, que no he hallado hasta ahora traducción alguna de estos versos, que me cause la mitad del efecto que su original, digo así, a la buena de Dios:

La ejecutoria de la moda y sus preeminencias y privilegios en materias de lenguaje, que puse en la página 13 en tres versos de nuestro Horacio; a saber...

Debe traducirse así. Nunca digan mis discípulos que una cosa puede, o no puede ser así, sino, debe o no debe decir así:

-26-

Y tenemos pruebas de ello suficientes para fundar esta máxima, pues una infinidad de voces, que en otros tiempos se usaban, como reprochar, ca, maguer, acatamiento, fazañas, &c. se han perdido. Bien es verdad (y como se dice lo uno, se ha de decir lo otro) bien es verdad, que en cambios nos ha hecho recibir la señora moda otras voces, que no las entendiera Cervantes, Argensola, Saavedra, León, Mariana, ni Solís, como coqueta, tur, (tour), detallar y otras asaz particulares, que no ignorará el lector benévolo y curioso, mi venerado dueño y muy señor mío.

De Marcial

Me guardaré muy bien de traduciros el epigrama de Marcial, que copié en mi página por la razón que allí mismo insinué; me bastará deciros que lo tradujo primorosamente, en castellano, nuestro muy grave señor Argensola, con toda aquella severidad que su retrato nos representa y su estilo contradice.

-27-

Siendo el original:

Y por cuanto sentiréis no haber oído de Cátulo, Tíbulo y Propercio más que los nombres, y os da el corazón que han de ser tres poetas, como tres panales de azúcar, os diré:

De Catulo

El panegírico que hizo al difunto pajarito de su dama, que debe tener muy presente todo verdadero y digno poeta a la violeta, por lo que se dirá de aquí a pocos renglones.

Funus passeris

-28-

En castellano, siguiendo el metro en que Lope escribió sus barquillas, y Villegas sus cantilenas, diría yo, si se muriera el pájaro de alguna persona, a quien yo quisiese un sí es no es, como Cátulo quiso a Lesbia, advirtiéndole que no he hallado voces, que me llenen tanto en castellano, como en latín, pipillare, venustus, mellitus.

De donde inferiréis que esto mismo os puede ser de la más alta utilidad, aplicándolo, según convenga, a la muerte de algún gatito, perrito o papagayo de alguna persona a quien queráis un poco más que como a próximo. Esto sólo había de hacer mi nombre grato a vuestros oídos y mi fama eterna a toda aquella dichosa parte de la posteridad, que piense a la violeta. Por esta muestra veréis el paño de que vestía sus obras este caballero. Os aseguro, que fue más pájaro que el mismo, en cuya muerte lloró con tanta dulzura; y perdonad el equivoquillo.

De Tíbulo

Veréis con qué astucia y suavidad, (y Dios nos libre si se juntan suavidad y astucia) decía a su dama, que la esperanza, de que algún día, u otro, depondría su esquivez y ceño, le mantenía en pie.

Y como quiera que no sois tontos, ya habréis advertido con madura reflexión, que el niño sabía muy bien a qué hora se había de comer la merienda. Traducidos estos versos, dirían así, si por mí fuera, y me hallara en semejante lance, lo que sintiera mucho, porque la esperanza sola es más tormento, que cuantos inventó Diocleciano. Pronto id a la historia a ver quién fue ese amigo:

-31-

De Propertio

También este señorito tenía templada la lira por el mismo tono; si no lo creéis, escuchad cómo se explica en la Elegía I Libro 2.

liber.

Un poeta moderno, en lugar de toga coa, pondría el tontillo, o la bata, o el deshabilé, o el dominó, y en lugar de lira, diría el clave, o la guitarra, o el salterio, según su humor, y así sería más natural la siguiente traducción:

Que significa, sobre poco más o menos:

Y aquí, ínter nos, digo en parte que no tiene razón, y en parte que la tiene. No la tiene en decir un Spectacle grossier, porque ya veis que esto no es buena crianza; y la tiene en que algunos de nuestros poetas del siglo pasado (en descanso -34- estén sus almas) se burlaron boníticamente de todas las clases de la Nación, poniendo en las tablas unas cosas harto intragables; (ved como no quiero perder mi privilegio de enriquecer nuestra pobre lengua). No peino canas, gracias a Dios y me acuerdo haber visto una comedia famosa (así lo decía el cartel) en que el cardenal Cisneros, con todas sus reverendas, iba de Madrid a Orán, y volvió de Orán a Madrid en un abrir y cerrar de ojos; y allí había ángeles y diablos, cristianos y moros, mar y corte, África y Europa, &c. &c. Y bajaba Santiago en su caballo blanco, y daba cuchilladas al aire, matando tanto perro moro, que era un consuelo para mí y para todo buen soldado cristiano; por serias que se descolgó un angelón de madera de los de la comitiva del campeón celeste, y por poco mata medio patio lleno de cristianos viejos, que estábamos con las bocas abiertas, no pareciéndonos bastantes los ojos para ver tanta cosaza como allí veíamos con estos ya dichos ojos que han de comer los gusanos de la tierra.

De Mr. Corneille

Dije que este y el que sigue, cultivaron la buena poesía; y lo vuelvo a decir. Dije que este insigne padre del teatro francés hizo un Cid, que no parece español; y lo vuelvo a decir; porque sobre haberle yo visto vestido y peinado a la francesa con su casaca, chupa y calzón muy bien cortado y hecho, según la última moda de París, por los años se suele decir algunas cosas poco análogas al genio -35- español de aquellos tiempos, según brujuleamos entre tinieblas, que sería el de mis abuelos de aquel siglo, y singularmente el

del Cid Ruy Díaz de Vivar, el que montaba Babieca, se ceñía la Tizona, tomó a Valencia, fue amante de Doña Ximena, y yace enterrado en el Monasterio de San Pedro de Cardeña, por cuyo nombre solía jurar con una elegancia, que acreditaba una vivísima fe en su corazón, según aquello de que, bien cree, quien bien jura. Por más que sean verdaderas las críticas que le hicieron algunos enemigos suyos, citándole pedazos enteros, que tomó del original español, con sus pelos y señales, la tragedia del Cid merece una buena traducción, para que comparada con la composición de Guillén de Castro, se pueda juzgar lo que ha variado el gusto en siglos inmediatos y países vecinos.

De Mr. Racine

Dije que en la tragedia intitulada Phedra de este autor, había una relación muy parecida a las que se hallan en los dramas de Calderón y otros; y para que veáis si abusé de vuestra credulidad y mi autoridad de catedrático a la violeta, o si dije la verdad pura, aquí os pongo la tal relación, y juzgad si le falta para lo que he dicho más que el acabar de las nuestras con aquello de:

-36-

Relación en la tragedia de la Phedra

-37-

Todo lo cual, traducido en prosa casi literal, significa lo siguiente, y nótese si son, o no, del gusto de las relaciones criticadas en Calderón las expresiones que van en carácter diferente:

«Él iba en su carro. Sus guardias afligidos imitaban su silencio, alrededor de él formadas. Él seguía todo pensativo el camino de Micenas. Sus manos dejaban fluctuar las riendas sobre sus caballos. Estos soberbios bridones, que se veían en otros tiempos llenos de un ardor tan noble obedecer a su voz, ahora con el ojo triste y la cabeza baja, parecían conformarse con su triste pensamiento. Un espantoso grito, salido del fondo de las ondas, de los aires en este momento ha turbado el reposo; y del seno de la tierra una voz formidable responde gimiendo a este grito horrendo, hasta en el fondo de nuestros –39– corazones nuestra sangre se ha helado. De los brutos atentos la crin se erizó. Mientras tanto, sobre la espalda de la llanura líquida, se levanta con gruesos borbotones una montaña húmeda. La onda llega, se rompe y vomita a nuestros ojos, entre olas de espuma, un monstruo furioso. Su frente ancha está armada de cuernos amenazadores. Todo su cuerpo está cubierto de escamas que amarillean. Indomable toro, dragón impetuoso. Su grupa se encorva con repliegues retorcidos. Sus largos bramidos hacen temblar la orilla. El Cielo con horror mira a este monstruo salvaje. La tierra se conmueve, el aire se infesta. La onda que te trajo, espantada retrocede. Todo huye; y sin armarse de un inútil valor, al templo, vecino, cada uno busca un asilo. Hipólito, él solo digno hijo de un héroe, detiene sus caballos, agarra sus dardos, va hacia el monstruo, y con un dardo arrojado por una mano segura; le hace en el flanco una ancha herida. De rabia y de dolor el monstruo dando botes, viene a caer bramando a los pies de los caballos, se revuelca y les presenta una boca inflamada que los cubre de fuego, sangre y humo. El miedo los arrebató, y sordos esta vez, ya no conocen ni el freno, ni la voz. En esfuerzos impotentes su dueño se consume. Colorean el bocado

con una espuma sangrienta. Aun dicen que se vio en este fatal desorden un Dios, que con aguijón les hería el flanco lleno de polvo; por entre las peñas el miedo les precipita. El eje se siente y se rompe. El intrépido Hipólito ve volar en astillas todo su carro destrozado. En las riendas él mismo cae enredado. Excusad mi dolor. Esta cruel imagen será para mí de lagrimas un manantial –40– eterno. Yo he visto, señor, a vuestro infeliz hijo arrastrado por los caballos que su mano ha alimentado. Quiere llamarlos y su voz los espanta. Corren. En breve es una llaga todo su cuerpo. De nuestros dolorosos gritos resuena la llanura. Su ardor impetuoso al fin; se calma. Se paran cerca de esos monumentos antiguos, donde de los Reyes sus abuelos están las frías reliquias. Corro suspirando, y su guardia me sigue. La huella de su generosa sangre nos conduce. Las rocas están teñidas de ella. Las breñas asquerosas llevan los sangrientos despojos de sus cabellos. Yo llego, le llamo y tendiéndome la mano, él abre un ojo moribundo que cierra luego. El Cielo, dijo, me arranca una inocente vida. Cuida, después de mi muerte, de la triste Aricia. Amigo querido, si mi padre algún día desengañado, compadece la desgracia de un hijo falsamente acusado, para apaciguar mi sangre y mi sombra quejosa, dile que con suavidad trate a su cautiva, que la vuelva... en estas voces el héroe muerto, no ha dejado en mis brazos más que un cuerpo desfigurado, triste objeto donde la cólera de los Dioses triunfa, y, que el ojo mismo de su padre no conociera».

Ahora ved esto mismo puesto en verso de romancillo, y figuraos, que en vez de pronunciarse esta relación por un actor de bella presencia, propiamente vestido y comedido en sus gestos teatrales, en vez, digo, de todo esto, figuraos que sale Nicolás de la Calle con un vestido bordado por todas las costuras y su sombrero puntiagudo; que toma la punta del tablado; que cuelga el bastón del cuarto botón de la casaca; que se calza majestuosamente él un guante y –41– luego el otro guante; que se estira la chorrera de la muy blanca y muy almidonada camisola; y que (habiendo callado todo el patio, convocada la atención de la tertulia, suspenso el ruido de la cazuela, asestados al teatro los anteojos de la luneta, saliendo de sus puestos los cobradores y arrimados a los bastidores todos los compañeros) empieza a hablar, manotear, y sobre todo cabecear, a manera de azogado, por quien dijo un satírico viviente:

-42-

-43-

-44-

-45-

Vuelva el curioso lector a figurarse la pasada composición de lugar, y verá que no se distingue esto de una relación del negro más prodigioso, u otra semejante. Poquito tendría que lucir un cómico nuestro sus gestos, manoteos, despatarradas y posturas, con la de la cola, lo del humo, lo del carro, lo de las aguas, lo del Templo, lo de los monumentos, lo de las crines, lo de los caballos, lo de las llamas, lo de las voces, &c. &c. Vuelvo a decir que no le falta más que el final, durante cuyos cuatro versos (este durante cuyos es cosa nueva) estaría el auditorio preparándose para el terremoto universal de palmadas, y llegado que fuese, se hundiría la casa, y el cómico acabaría de matarse, haciendo cortesías a derecha y a izquierda, arriba y abajo, con el cuerpo y con la mano, con el sombrero y con el bastón, y aprovechándose de este río revuelto, diría con voz baja al compañero más cercano cansado estoy te aseguro; y el otro le diría: «¡Pero qué importa, si lo has hecho de pasmo!».

Artículo de otra cosa

Cuando dije, que de los nuestros épicos no citaseis más que a Ercilla; y aún de éste, sólo aquello que cita cierto amigo, no hablé de memoria; pero hay ciertos sujetos que no le tienen por infalible, y dicen que aunque –46– el dicho perdona, hay por acá un Valbuena, y otros tan buenos como era Ercilla, y que en éste hay ciertas cosas asaz mejores que en el Discurso de Colocolo, a saber, el desafío entre el lombardo y el americano, y el episodio de la batalla de Lepanto, y otros trozos. Vedlo, y saldréis de la duda.

Cuando, hablando de los poetas ingleses dije con un célebre francés mil pestes del épico Milton, pude y debí haber traído muy extensos los párrafos, que tanto le chocaron, para persuadir a mis lectores que el tal Milton era un loco; pero un amigo que tengo, empeñado en sostener que hay pedazos en su poema iguales en el estilo, y superiores en el asunto a todas las epopeyas, me puso una pistola al pecho para que insertase en este suplemento unos pedazos del tal Virgilio Britano, y yo, por no morir tan temprano, le obedecí con toda repugnancia. Son los siguientes, y de ellos infiere mi amigo que el tal crítico no tuvo razón en llamar feroz a la Musa que inspiró estos y otros semejantes fragmentos.

En la traducción tendríais, ¡oh mis amadísimos discípulos!, mil y quinientas cosas que suplir, si entendiéis el original; pero me consuelo con que vosotros no habéis dado en aprender aquella lengua a la violeta; que si así fuera, ¿quién os había de aguantar?

Ved el principio del poema, y algunos cortos extractos, suficientes para conocer el carácter del poeta y de la poesía, y no tengáis la flema de ir comparando todas estas hermosuras, y las demás que se hallan en esta epopeya con las de Homero y Virgilio, en punto de invención, –47– y fantasía poética, ni tampoco os toméis el trabajo de ver los parajes que trae de los libros sagrados, la imitación del estilo hebraico, la relación que hace, aunque con desprecio de la fábula, para realzar más lo verdaderamente respetable de la tradición, &c.

nada menos que eso. Nada de esto es menester para hablar despóticamente de un autor, por respetable que sea; basta haber leído por encima algo de su traducción buena o mala, y la crítica que hace de este poema épico, y de todos los otros que llegaron a su noticia, el autor de la Henricada, admirando de paso la solidez y novedad, con que dice que el poema de Camoens es tan vago como el viaje que hizo el autor, y que el de Ercilla es tan bárbaro como el país en que pasó la acción. Con lo que tenéis el gasto hecho para criticar todos los poemas del mundo, porque quien os quitara que con igual justicia digáis que la Iliada es tan monstruosa como el ejército que sitió a Troya, la Eneida tan pueril como los dichos del niño Ascanio; la Jerusalén del Taso tan supersticiosa como los encantos de Armida, O sic de cæteris, ¿ni más ni menos?, ¿y quién podrá contenerse de exclamar: «Estos son hombres universales en lenguas, en crítica y en todas las ciencias humanas?, no seré yo; antes bien juntaré mi voz a todas, con tanto más anhelo, cuanto, redundando en mi aplauso, pues sois mis muy amados, dignos y pasmosos discípulos».

El dramático inglés Shakespeare, sobre todos los demás defectos que le debéis notar vosotros los críticos a la violeta, tiene otro capaz por sí solo de hacer su nombre aborrecible, desde Barcelona a La Coruña, y desde Bilbao a Cádiz (¡bravo!) y es que fue contemporáneo de nuestro pobrete Lope de la Vega; se correspondieron literalmente, y se imitaron en los descuadernos de la imaginación, y también en esas que llaman hermosuras de invención, enlace, lenguaje y amenidad, los que no están impuestos en lo que es verdadero mérito escénico. No hubo entre los dos más diferencia, sino en que el señor Lope de la Vega sería un hombre de olla podrida, estofado, migas, vino de Valdepeñas y Rosario, y que el señor Shakespeare sería un hombre, que gastaría su Roastbeef, plumbpuding, goad ale & punch. ¡Qué poco os esperabais esto a estas horas!, pero tened paciencia que también me suceden cosas que yo no esperaba... por ejemplo, el haber agradado al público con un papelito de pocas hojas, menor trabajo y ningún merito.

–49–

Fragmentos del poema épico, intitulado: El paraíso perdido, traducidos

Principio del poema

–50–

-51-

-52-

Después el Verbo Divino da gracias a su Padre, por haber prometido su misericordia a los hombres, y ofrece venir a rescatar al género humano.

-53-

-54-

Y dice el poeta:

Que significa:

Después el Eterno Padre declara que el hombre será rescatado, y el Hijo se ofrece para expiación de la culpa; y dice el poeta:

-55-

Pero todo esto va muy serio para vosotros en el modo y en la substancia; y así volviendo a nuestro método, nunca bastantemente alabado, buscad el tal Milton, leed su vida, y después –56– de encomendado a la memoria, como mejor podáis, diréis, sobre poco más o menos, esta retahíla:

Nació el año 68 en Londres, de una familia originaria del lugar de su mismo apellido. Su padre se apartó de la Iglesia Católica; siendo niño recibió una educación muy generosa en su misma casa de mano de un ayo, cuyas alabanzas cantó su discípulo (como vosotros me cantaréis, sin duda, a mí) en una elegía. Padeció dolores de cabeza de resultas de muchas noches de estudio, que por fin le acabaron la vista. El pobre tuvo muchas desgracias, durante las guerras civiles que en aquel tiempo devastaban su patria; volviendo a ella de sus viajes por Francia e Italia trabó conocimiento con los sabios de aquellas naciones. Fue casado tres veces, tuvo varios hijos. Compuso su poema épico con tan poco concepto entre sus paisanos, que sólo pudo sacar del impresor a quien entregó el manuscrito, noventa pesos, y con condición de que no se le daría el dinero, hasta que la obra tuviese el despacho de tres impresiones numerosas. Después se enriquecieron muchos con la venta de las repetidas ediciones. Nombrad, como la mejor entre todas, la hecha por el señor Baskerville, en un lugar que se escribe Birmingham, y se pronuncia... ¡oh!, ¡oh!, se pronuncia, cómo se pronuncia.

Añadid que el segundo poema que compuso el mismo ingenio, no vale para descalzar al primero, y de paso exclamad contra el entendimiento humano, que da no para más.

Recitad, como sobresalientes en este poema, –57– los pasajes que queráis escoger en el índice de la obra, y citadlos por libros o cantos, páginas o número de versos, según la edición que podáis pescar; y si ni aun ese trabajo os queréis dar, decid que el famoso Addison ya lo hizo, (en profecía de que había de haber con la sucesión de los tiempos una secta de sabios llamados a la violeta), y que los señaló en sus números 267, 273, 279, 285, 297, 303, 309, 315, 327, 333, 339, 345, 351, 357, 363, 369 y luciréis como el Sol en mitad de la Libia; todo lo cual me debéis, y os echaré en cara, siempre que me seáis ingratos.

Cartas de varios de mis discípulos

I

De un matemático a la violeta.

Muy señor mío y mi venerado maestro: muy señor el demonio, o habla con él a menudo, porque parecen más que humanos los medios que Vmd. da para sacar pasmosos matemáticos, sin estudiar; y no como otros que se aplican muchos años a cada ramo de esta pesadísima facultad, y se quedan mirando los unos a los otros, sin atreverse a decir, –58– siquiera para su consuelo, que han adelantado un paso.

Yo tomé el martes los cordones de Cadete; el miércoles compré un compendio de matemáticas, el cual, según mi librero, es el más breve abreviado de todas las abreviaturas, que puedan hacer honor al abreviador más compendioso; el jueves leí la cuarta parte saltada de la obra; el viernes conocí en mi fuero interno que ya sabía Geometría, especulativa y práctica, Trigonometría, Secciones cónicas, Esféricos de Teodosio, Maquinarias, Arquitectura, Náutica, Astronomía, Álgebra hasta donde puede llegar esta, que Vmd. con tanta justicia, llama algarabía de Luzbel, con aquello de lugares geométricos y cálculo diferencial, integral, potencial y radical; el sábado escogí cuatro o cinco parajes en que lucir mi profundísima erudición, escogiendo la fortificación, como cosa más propia de mi casaca, y sin duda, no hubiera oído misa el domingo sin la fama de universal matemático, si un accidentillo imprevisto no hubiera interrumpido lo rápida de mi carrera, cuando ya iba llegando al término.

Es el caso, que estando en un paraje bastante público, echando por esta boca torrentes de ciencia de arquitectura militar, diciendo entre otras cosas, que el sitio de Gibraltar y hasta ahora se había malogrado por impericia de los sitiadores; pero que me parecía fácil, construyendo frente por frente un fortín, que dominase a la plaza, con una obra coronada, que tuviese un caballero sobre el baluarte entero, cuidando que este último, y los dos medios baluartes fuesen –59– una especie de torres bastionadas del tercer método de Vauban, guarnecidos con morteros, puestos en 89 grados de elevación, y 500 cañones de cuarenta y ocho a barbata, proporcionando una batería de saltaren, de modo que... En esto un oficial de bastante edad, y graduación en uno de los cuerpos facultativos, que me había estado oyendo, con mucha humildad mi retahíla, me dijo, dándome una palmadita en el hombro: «Niño, ¿sabe Vmd. qué cosa son esos cañones a barbata?, ¿entiende lo que es una batería de saltaren?, ¿cuántos métodos de fortificación son los de Vauban?, ¿en qué se distinguen?, ¿qué cosa es un mortero puesto a esa elevación que dice?, ¿a dónde iría la bomba en ese caso?, ¿cómo se había de poner para que fuese en la dirección debida, supuesta tal o tal distancia, y las demás circunstancias necesarias?». Cada pregunta de estas, a que yo respondía con un sí... pero... cuando... como... de modo que... las gentes se reían, yo me ponía colorado, el oficial se compadecía, y acabó diciendo: «Vaya Vmd. caballero, estudie más, hable menos, y tal vez será algún día un buen oficial de los adocenados».

Ya ve Vmd. señor catedrático, que este es un chasco del calibre de los cañones, que ya quería poner a barbata. Me hizo fuerza por entonces; y determiné aplicarme de veras a la parte de las matemáticas, que necesita un oficial, si aspira a ser algo más útil que un soldado raso, pues conocí que las más sublimes, y las que han hecho el embeleso de Newton, y los que han adelantado sobre sus descubrimientos, pedían más descanso, comodidad y tiempo, –60– que lo que da de sí esta carreta. Me valí para esto de un amigo, que me dirigió en la compra de los libros necesarios para mi fin; no me desanimó cuando me dijo que se necesitaban, a lo menos, cuatro años, continua aplicación, talento despejado y buenos maestros. Ya tenía dispuesto mi viaje para una de las academias establecidas con

este objeto, ya formaba el ánimo de continuar mi estudio por las partes más sublimes, y casi divinas de esta ciencia, después de concluidos los años del curso académico; ya por fin conocía que apenas, de cien hombres, hay uno que tenga el genio matemático, cuando me encontró otro discípulo de Vmd. el cual conociendo mi confusión en el semblante y estilo, dijo con ímpetu: «¡Pobrete!, ¿qué crees que sea menester algo de eso para ser continuo censor y aprobador de Euclides, Arquímedes, Kirker, Newton, Leibnitz, Saudder, Ozanam, Wolfio y los restantes? Anda, que eres un tonto, vuelve a tu antiguo humor, y perezca en el suyo el que te quiera entristecer; ¿qué sacarás de tanto estudiar?, malas noches, días tristes, jaquecas, ausencias de la sociedad, privación de placeres y ridiculeces de estudiosos. Si te entregaras a esas especulaciones, abstractos racionios, silogismos encadenados, largas demostraciones y continuas tareas, no tendrías tiempo de perfeccionarte en el baile, en que has hecho tan envidiables progresos en tan pocos meses; no estrenarías el juego de hebillas, que acaban de regalarte; no te dejarías arreglar el pelo por ese divino peluquero, que acaba de llegar; no podrías pasearte en aquel primoroso coche; no asistirías a aquel gracioso tocador –61– ; no, no, no, no valdrías nada. Te silbaríamos tus buenos compañeros, te abandonaríamos tus buenos amigos, y se malograba en ti una edad deliciosa, una persona agradable, una voz halagüeña, un genio gracioso y tantas prendas como naturaleza te dio con pródiga mano. Ensánchate el corazón y vuelve a nuestro método a la violeta. Y vámonos al prado».

Me hizo tanta fuerza, que obedecí; me burlé del vicio, que me reprendió; me irrité contra los concurrentes que me criticaron; abracé a mi nuevo y digno director, y di a Vmd. mil alabanzas, como a mi muy venerado catedrático a la violeta.

A Dios, señor, y tengo el honor de, &c.

II

De un filósofo a la violeta a su catedrático

Muy señor mío y mi maestro: Mi edad es de diez y nueve años, ocho meses, tres semanas y dos días y medio, sobre minuto de diferencia; tengo buena vista, buena voz, dinero a mano, libros en mi estante, buena memoria, volubilidad de lengua, ademanes misteriosos, genio un poco extravagante por naturaleza, y otro poco por arte; distracciones naturales las unas y artificiales las otras; mucha gana de ser tenido por hombre sabio, poca gana de estudiar, tertulia en que lucir, padres ancianos –62– a quien emboar, criados que me adulen, tontos que me escuchen, y un concepto de mí cual pocos; de más a más he leído su papel de Vmd. y con singular aplicación la lección de la Filosofía antigua y moderna, con que vea Vmd. si seré un verdadero filósofo a la violeta. Pero esta narración por sí sola no tendría mérito alguno, si no fuese prólogo de mis glorias literarias. Mediante su saludabilísimo consejo de Vmd. hallé la obra de Mr. de Saverien, que Vmd. cita en su página tantas, y de toda lo que te costó al autor la recopilación de todas las sectas filosóficas, antiguas y modernas, he sabido aprovecharme en el minuto que quise; así como, (vaya una comparación a la

violeta,) así como una dama primorosa, o, lo que es aun más primoroso, un petimetre, en un instante, y en una sola sentada, come en pocos bocados, el pescado de la costa de Cantabria, el aceite de Andalucía, la canela de Asia, el azúcar de Jamaica, el café de Moca, el vino del Rhin, la manteca de Flandes, el queso de Inglaterra, el jamón de Galicia; en fin, el producto de las cuatro partes del mundo aderezado con los cuatro elementos de la naturaleza.

¡Cuánto hubiera Vmd. dado por haber estado oyendo por un rinconcito la otra noche a este su discípulo, a esta su hechura literaria, lucir en un gran circo de gentes, con motivo de haber saltado un espejo de chimenea, por la imprudencia de uno que le arrimó una bujía demasiado cerca! ¡Cuántas cosas dije del fuego! 1. Burlé la antigua opinión de que la luna fuese el centro de la llama; 2. dije que el fuego no quema porque tenga virtud, como dicen los que –63– así lo dicen, combustiva; sino porque tiene unas particulillas tan sumamente penetrantes y volátiles, que se introducen, &c. &c. &c... De allí salté como el espejo al azogue que forraba al cristal; también dije cosas muy buenas, y callé otras tantas mejores, por ciertas razones que yo sé, y no quiero decir. Después tomé oportuna ocasión para hablar del calor, frío, humedad y sequedad, y salió el termómetro, barómetro, aerómetro. Caí por incidencia en lo del aire, y no perdí un momento en nombrar, y casi, casi explicar la máquina neumática, y en tan buen camino no paré hasta tropezar con el horror vacui de nuestros benditos Stagiristas; y ya iba a traer toda la naturaleza a mi inspección, cuando se me volcó el carro; pues habiendo pasado de lo físico a lo metafísico, y de esto a lo moral, y hablando muy aprisa, hube de decir algunas cosas extrañas, porque vi que unos de los concurrentes se santiguaban, otros me miraban, otros se giraban, otros alzaban los ojos, otros se tapaban los oídos, otros se sonreían, otros se reían a carcajada tendida; y por más que procuré atraer la atención del auditorio con nombres de filósofos, máximas filosóficas y retazos de filosofía, no hubo remedio; tuve que dejarlo, y aprovechándose de este intervalo un hombre bastante regular, me dijo: «Tengo sesenta años, los cuarenta de estudios mayores, a fe muy serios y metódicos; he leído con reflexión alguno de esos autores que Vmd. cita tan rápidamente; los he leído en su original; y protesto, sin afectar modestia, que conociendo lo poco que se puede saber, los muchos yerros en que se puede caer, los delirios que –64– se pueden adoptar, y lo limitado que es nuestro entendimiento, me contengo en las conversaciones. Cuando Vmd. tuviera bastante discernimiento para conocer los filósofos que escribieron por raciocinio, y los que escribieron por capricho; los que hablaron solo para su propio uso, y los que intentaron dejar preceptos a los siglos futuros; los que han sido traducidos fielmente, y los que nos han sido transmitidos con infidelidad; los que se deben entender en el sentido directo, y los que escribieron alegóricamente; los que nos quedan en todo, y los que no nos han llegado sino por fragmentos; cuando tuviera Vmd. bastante reflexión para distinguir la que debe admitir y desechar de cada uno de ellos, una vida de cien siglos para leerlos, una madurez suficiente para no dejarse llevar de tal, o tal pasto; una edad regular para captarse algún respeto; en fin, cuando concurrieran en Vmd. todas estas prendas, sería todavía inaguantable ese tono magistral con que se ha puesto Vmd. a decir cosas que no comprende, voces que no entiende, libros que no ha visto, autores que no ha leído, y ciencia que pide otro juicio. Vmd. perdone esta libertad, que te parecerá muy grande, y no es sino muy inferior a la que Vmd. y sus semejantes se toman, abusando de la moderación con que suelen presentarse los hombres verdaderamente sabios.

»Considere Vmd. mi buen catedrático y amigo qué tal me quedaría yo, y más cuando prosiguió mi hombre: ‘Si la Filosofía es el amor a la sabiduría, como hasta ahora se ha

dicho, si la sabiduría es una cosa tan rara, y en tan pequeña cantidad concedida a los hombres, y si el –65– hombre no puede llamarse tal hasta que sus pasiones se humillan a la edad, a la virtud y al estudio. Hable Vmd. de Ovidio, Cátulo, Propercio, Guarini, Lope, Garcilaso, Villegas y dirá Vmd. puerilidades amorosas, pero no delirios peligrosos, si no tiene el valor de dedicarse, con constancia a estudiar por ahora los principios de los mejores filósofos, para aprender a fondo su doctrina, cuando llegue el tiempo más apto’.

»Digame Vmd. señor y maestro, qué he de hacer si me hallo otra vez en un lance semejante, pues de aquel ya me libró la fortuna, con motivo de entrar un paje en la sala a dar noticia de la comedia que hacían aquella tarde, a cuya importante expedición había sido enviado por el amo de la casa, otro filósofo co-Violeto, o condiscípulo mío, en su escuela de Vmd. cuya vida guarde Dios muchos años, &c.».

NOTA. Se me había olvidado decir, y no pasaré de aquí sin decirlo, porque no se me olvide en adelante, que en el curso completo de todas las ciencias, no hablé de leyes civiles, ni de medicina. Con todo cuidado lo omití; porque como tengo muchos mayorazgos, espero heredar otros más, mi carrera es de hacer dinero, y mi genio es de atesorarlo; no quiera formar malos abogados que pierdan mis pleitos; y como mi salud está en su punto, no quiero criar malos médicos que me maten. Esta nota no viene aquí al caso, y así, el escrupuloso, crítico, mirado y circunspecto lector no la lea ahora, sino cuando le parezca más conveniente.

–66–

III

De un publici-juris-perito a la violeta, a su catedrático.

Maestro y señor mío: No soy con Vmd. en aquello de que la lección de derecho de gentes y naturaleza, sea muy trivial. ¿Qué llama Vmd. trivial? Más ha de quince días que estoy estudiando los librotos citados en la lección del día miércoles (menos el Ayala, Vera y Menchaca), y a fe, a fe que no me atrevo a decidir entre Vatel y Wolfio en la controversia que Vmd. cita. Las notas del comentador Barbeirac me han confundido más. Pero como, gracias a Dios, tengo mi sangre en mis venas y mi lengua en mi boca, no puedo contenerla estos días en que se ha hablado de rusos y turcos. Si Vmd. me hubiera oído pronunciar armisticios, Romanzow, Arlow, rehenes, congresos, &c., ¡qué gozo hubiera sentido su corazón! Si Vmd. hubiera presenciado la admiración que causó a todos el oírme citar todos los tratados de paz que pude traer a la memoria, ¡cómo se hubiera Vmd. complacido en su discípulo! Pero desde que leí la canción de Argensola, que, empieza Ufano, alegre, altivo, &c. me sospeché que había pocas cosas estables en este mundo, (¡y a fe que es lástima!) me lo he ido persuadiendo con ejemplos, de lo que he visto por mí mismo, y me lo acaba de persuadir el lance que voy a recitar, con harto dolor de mi –67– corazón, llanto de mis ojos, temblor de mis labios y rubor de mis mejillas. Quiso, pues, el enemigo, que sin saber

cómo, ni cómo no, me planté de patitas en una disertación sobre la constitución electiva y la hereditaria; y cuando estaba en lo más engolfado, un concurrente que se había estado jugando con otros al revesino, durante mis lucimientos, al tiempo de dar el caballo de copas, se volvió hacia mí con cara de un verdadero energumeno; gritó ¿qué me había de suceder teniendo detrás de mi silla a este don Cienlenguas? Señor mío, si Vmd. dice una sílaba más de esta clase, le delato al Gobierno por republicano, a la Sociedad por perturbador, y al Hospital de Zaragoza por loco; que será lo más ajustado. ¿Por qué? (repliqué yo) y acordándome de la advertencia de Vmd. le eché todos los autores citados a cuestas: «¿Por qué? ¿Acaso le he dicho a Vmd. una palabra que no esté corroborada por las mayores plumas de esta facultad?» «Si Vmd. hubiese leído esas obras con la meditación que ellas merecen, (replicó el otro,) y no con la ligereza que ustedes suelen, notaría el abuso que hace de ellas; y si las lee como hasta aquí, no hable delante de gente ignorante de ellas, porque la llenará de absurdos, ni hable delante de los instruídos, porque estos le llenarán de mofa y desprecio». Esto dijo, y volvió a barajar sus naipes, como sucedió en la cueva de Montesinos, testigo don Quijote, cuando dijo aquel sujeto: «paciencia y barajar». Pero yo, y todos mis compañeros quedamos justamente persuadidos de que la rociada que me echó aquel caballero era efecto del mal humor que cría el alargar el caballo de copas en tales circunstancias, más que del –68– escrúpulo que sentiría al oírme los que a él le parecían desatinos. Contentos de esta frasecita que hemos repetido con frecuencia unos y otros en todas nuestras asambleas, vuelvo a seguir religiosamente sus saludables preceptos de Vmd. y cueste lo que costare, soy, he sido y seré siempre afectísimo, rendidísimo y obsequiosísimo discípulo y servidor de Vmd.

Q. S. M. B.

Fulano de Tal.

IV

De un Teólogo a la violeta, a su catedrático

No debieran tanto los navegantes al que descubriese el punto de longitud en la mar, como las ciencias le han debido a Vmd con el curso que ha hecho de todas ellas. Pero la teología, sobre todas, le debe singular obligación. El silogismo con que Vmd. empieza la lección del día viernes, es un esfuerzo increíble de la razón humana. Lo he aprendido, no sólo de memoria, sino también de entendimiento y voluntad, y la repito con frecuencia; ¡y ojalá con igual suceso! Al entendedor pocas palabras, y Vmd. me mande como que soy su admirador y discípulo. P. D.

¡Si viera Vmd. qué hombres hay tan extraños en el mundo!

V

Carta de un viajante a la violeta, a su catedrático

Mi norte y muy señor mío: Esto de hablar de países extranjeros, sin haber salido de su lugar, con tanta majestad como si se hubiera hecho una residencia de diez años en cada uno, me acomoda muy mucho. Para esto basta comprar un juego de viajes impreso, que también le aumentan a uno la librería de paso; y para viajar efectivamente se necesita un gran caudal, mucha salud, la posesión de varias lenguas, don de gentes y mucho tiempo, totalmente dedicado a este único objeto. Por tanto, luego que leí el párrafo de viajes que Vmd. pone en su obra (digo el párrafo a la violeta, porque el otro, copiado del papel en que venían envueltos los bizcochos, no tuve la paciencia de tragarlo,) me determiné a ver Turín, Dublín, Berlín, Pekín y Nankín, y sin salir de mi cuarto. Sus discípulos de Vmd. no somos hombres que dejamos las cosas en solo proyectos; pasé a ponerlo en ejecución. Salí muy temprano de casa, y encontré en la escalera a mi padre, quien extrañando la hora y traje, me preguntó a donde iba: «Voy a viajar», le respondí con aire. El buen viejo no entendió mi respuesta, y fue tanto lo que tuve que repetirla, explicarla y amplificarla, que me –70– pareció más corto decirle: «Bien es verdad, señor, que no sé cuanto hay de aquí a Toledo, ni si en Carabanchel hay universidad, en Salamanca puerto de mar, en Cádiz campos de trigo afamados, en Zaragoza astillero, en Cartagena hospital célebre, en Murcia fábrica de armas, en Vitoria catedral famosa, ni sé si está Jaca en la frontera de Portugal y Badajoz en la de Francia, ni sé hasta dónde llega la memoria de la población de España, ni en qué tiempo ha sido conquistada, ni conquistadora, qué familias han reinado en estos tronos, en cuántas coronas ha sido dividida, cuándo se reunieron, quién descubrió las Américas, quiénes las conquistaron, en qué reinados se hizo la conquista, qué ventaja o perjuicios ha causado la agregación de tantos dominios a esta Península, qué influjo tuvo sobre las costumbres españolas la abundancia americana, qué uso podemos hacer de ellas, ni de nuestras posesiones en el mar del Asia, ni de una y otra navegación, ni en fin, el auge, decadencia y resurrección de esta Monarquía; nada de esto sé, ni he sabido, ni sabré, ni creo me importa saber para nada de este mundo, ni del otro; pero quiero saber que es el Vauxhall de Londres, los músicos de Amsterdam, de Luxembourg, de París, cómo se monta la parada en Postdam, qué altura tienen las casas en Viena, cuántos teatros hay en Nápoles, cuántos cafés en Roma, y...» interrumpiome mi padre con blandura diciendo: «Ven a tomar chocolate conmigo a mi cuarto, y óyeme, no como a un padre, que te impone respeto, sino como a un amigo que desea tu bien». «Buena fresca para –71– mí, dije yo, que tengo ya dispuesta mi silla de posta, para emprender mi jornada». «¿Qué silla de posta?», replicó mi padre: «Sí señor, insté yo, un coche Simón, que ya ha arrimado a la puerta para llevarme a todas las librerías de Madrid en busca de una obra de viajes». «Ven acá, hijo mío, me respondió mi padre, sosiégate un poco; óyeme, y si no te hiciese fuerza mi discurso, entrégate a tu deseo». Pasome entonces por la cabeza una antigua preocupación en que estábamos antes de esta nueva ilustración, y era, que el hijo debe cierta obediencia al padre, y así le seguí hasta su cuarto, no sin el escrúpulo de que este mi padre era primo hermano del que escribió aquella pesadísima instrucción, que Vmd. tuvo la paciencia de copiar. Senteme junto a él; y cogiéndome una mano, me dijo:

«Soy tu padre, y conozco las obligaciones de este empleo, que da la naturaleza, el mayor en su República; no me faltan caudal, voluntad, ni gusto de cultivar el talento, que he descubierto en ti, aunque en medio de un confuso tropel de ligerezas propias de tu edad y de la crianza libre, que te dio tu madre en los años, que mis comisiones me tuvieron lejos de esta casa. En vista de todo esto, días ha que pienso en enviarte, con el tiempo, a ver no sólo las cortes principales de Europa, sino también algunas de la Asia, donde la variedad de costumbres y trajes te inspire una plausible curiosidad de indagar noticias útiles.

»Pero eres muy joven para viajar, sin peligro de malograr el tiempo, y muy ignorante de las cosas de tu patria, para que te sean provechosos el conocimiento de otros países; y tu proyecto –72– de comprar esos viajes impresos, que andan por esas librerías, es puerilidad pura. Te aseguro que los hombres que han escrito con más solidez en otras materias han delirado cuando han querido hablar de los países extranjeros por noticias, que son los documentos de que se valen los más de los que escriben esos viajes; y no ha sido mucho menor el desacierto de los que escriben lo que ven, porque es mucha la preocupación con que se suele viajar. De esto último hay mil ejemplares, y de lo primero otros tantos. Me acuerdo haber leído, cuando era muchacho, un libro de esa clase, en que el autor, entre otras cosas, refería que el sitio del Buen Retiro está a dos leguas de Madrid; que la esposa de Carlos II, habiendo caído del caballo, estuvo a pique de ser despedazada, por no poder ningún caballero de su corte llegar a tocarla en tal peligro, sin hacerse reo de la vida, según las leyes del reino: que en España las mujeres hasta ahora han tenido, y tienen la precisión de beber antes que sus maridos, siempre que comen juntos; y otras mil insulseces semejantes o peores. Pero si quieres convencerte de esta verdad, has de saber, que el señor presidente de Montesquieu, a quien con tanta frecuencia citas sin entenderle, no obstante lo distinguido de su origen, lo elegante de su pluma, lo profundo de su ciencia, y en fin, todas las calidades que le han adquirido tanta, y tan universal fama en toda Europa, y aun entre nosotros, en todo aquello en que su doctrina no se oponga a la religión y gobierno dominantes, falta a todas sus bellas prendas, y parece haberse transformado en otro hombre, cuando habla de –73– nosotros, en boca de un viajante, y comete mil errores, no nacidos de su intención, sino de las malas noticias que le suministraron algunos sujetos, poco dignos de tratar con tan insigne varón, en materias tan graves como la crítica de una nación, que ha sido muy principal en todos [los] tiempos, entre todas las demás. Cualquier ruso, dinamarqués, sueco o polaco, que lea la relación de España, escrita por la misma pluma que el Espíritu de las leyes, caerá con ella en un laberinto de equivocaciones, a la verdad absurdas; con que igual riesgo correrá un español que lea noticias de Polonia, Suecia, Dinamarca o Rusia, aunque las escriban unos hombres tan grandes como lo fue Montesquieu».

«Señor, dije yo entonces, aprovechándome de un corto silencio de mi padre, es imposible que un hombre, tan grande como ese, caiga en esos yerros, que Vmd. llama equivocaciones absurdas».

«Pues oye, hijo mío, replicó mi padre, oye algunas de ellas, y cree que no te las digo todas, porque ni convienen a tus oídos, ni a mi boca. Toda la relación que hace aquel caballero, mereciera, sin duda, una respuesta difusa, metódica y sólidamente fundada en la historia, leyes, buena crítica y otros cimientos. Dice, pues, en una de las cartas críticas, que con nombre de Cartas Persianas andan ya bastantemente esparcidas, entre mil cosas falsas, las

siguientes: advirtiéndole que el decir que se ha equivocado el señor presidente de Montesquieu, en esto no es negar su grandísima autoridad en otras cosas, porque tengo muy presente lo que dice el célebre español Quintiliano, cuando –74– encarga que se hable con mucha moderación de los varones justamente celebrados.

»Dice, con mucha formalidad: Que siendo la gravedad nuestra virtud característica, la demostramos en los anteojos y bigotes, poniendo en ellos singular veneración; que contamos, como mérito especial, el poseer un estoque, y tocar, aunque sea mal, la guitarra; que en virtud de esto, en España se adquiere la nobleza sentada la gente en las sillas, con los brazos cruzados; que hacemos consistir el honor de las mujeres en que tapen las puntas de los pies, permitiendo que lleven los pechos descubiertos; que las novelas y libros escolásticos son los únicos que tenemos; que no tenemos más que un libro bueno; a saber, uno que ridiculiza todos los restantes; que hemos hecho grandes descubrimientos en el nuevo mundo, y que no conocemos el continente que habitamos; que aunque nos jactamos de que el sol nunca deja nuestras posesiones, no ve en ellas sino campos arruinados y países desiertos, y otras cosas de esta naturaleza».

«Y con mucha razón que lo dice», salté yo, con toda la viveza y alegría que siento siempre que oigo hablar mal del país en que nací. «Muy errado va el censor», respondió mi padre, sin inmutarse. «Hubo mucha preocupación de parte de quien le dio semejantes noticias, y mucha ligereza de parte de quien las escribió sin averiguarlo; y si no, oye, la respuesta de todo este cúmulo de cosas, aunque muy de paso.

»1. Lo de que la gravedad sea nuestra virtud característica, y que la demostramos en nuestros anteojos y bigotes, poniendo en ellos la mayor –75– consideración, es sátira despreciable. Las virtudes características de los españoles han sido siempre el amor a la religión de nuestros padres, la lealtad al soberano, la sobriedad en la mesa, la constancia en la amistad, la firmeza en los trabajos y el amor a las empresas de mucho empeño y peligro. Lee nuestra historia, y lo verás. En España nunca se han considerado los anteojos sino como una señal de cortedad de vista.

»2. Que contamos por mérito especial el poseer un estoque y tocar, aunque sea mal, la guitarra, no tiene más fondo, a menos que el talento de un mancebo de barbero o el de un torero quiera darse por apetecible en todos los gremios de la nación; lo que no me parece regular.

»3. Que la nobleza en España se adquiriera en la ociosidad de una silla, es una contradicción de la historia, no sólo de España, sino de Roma, de Francia, de Alemania y de otros muchos países. Todas las casas de consideración en España se han fundado sobre un terreno de que fueron echados a lanzadas los moros, durante ocho siglos de guerras continuas y sangrientas, aunque con la disparidad de tener los moros toda África en su socorro, y no tener nuestros abuelos más amparo que el que les daba el amor a su religión y patria. Me parece muy apreciable este origen, y no creo que haya nación en el orbe, cuyos nobles puedan jactarse de más digno principio. Pero otros de nuestros nobles principales, y los tenidos y reconocidos por tales, aunque tal vez no demuestren su descendencia de padres tan gloriosos, siempre –76– fecharán su lustre desde los que pelearon en Italia, Alemania, Flandes, Francia, América, África, Islas de Asia y por esos mares, bajo el mando de los

Laurias, Córdoba, Leivas, Pescaras, Vastos, Navarros, Corteses y Alvarados, Alvas, Bazanes, Mondragones, Verdugos, Moncadas, Requesens y otros, cuyos respetables nombres no pueda tener ahora presentes; pero que tú podrías saber, si en lugar de malgastar tu tiempo, lo emplearas en leer los Marianas, Zuritas, Ferreras, Herreras, Solises, Estradas, San Felipes, con los Mendozas y otros historiadores. Aun más altos lugares que estos ocupan las casas de nuestros nobles de primera jerarquía, que descienden de varias familias reales. Hasta en la corrupción de querer ennoblecerse los que nacieron en baja esfera, se ve la veneración que tributan a la verdadera nobleza, pues siempre se fingen un origen en las provincias, de donde dimanó la libertad de España; pero ninguno pretende ilustrarse sentado en una silla muchas horas, como dice el señor Montesquieu, que se usa por acá, ni comprando con una hija rica el hijo noble de una casa pobre, como dicen que se usa en otras partes.

»4. Que hacemos consistir el honor de nuestras mujeres en que lleven las puntas de los pies tapados, con la pueril especie de antítesis de que se les permite llevar descubiertos los pechos, es otra especie nueva para todo el que haya visto cuadros de familia y retratos de nuestras abuelas, a quienes apenas se les veía las caras; y supongo que de aquellos tiempos habla el tal caballero, porque en los nuestros –77– visten en Madrid, como en París, testigos tantos millones como salen anualmente de Espina, en la compra de cintas, blondas, encajes, &c.

»5. Que nuestros libros se reducen a novelas y libros escolásticos, es también otra cosa infundada. Compárense las fechas de nuestra literatura y de la Francesa, en punto de lenguas muertas, Retórica, Matemática, Navegación, Teología y Poesía. Oigan lo que algunos autores franceses confiesan sobre la antigüedad de las ciencias, en este, o en el otro lado de los Pirineos. Léase la biblioteca española de don Nicolás Antonio, se verá el número, antigüedad y mérito de nuestros autores, sin contar los que no tuvo presentes, y los que han florecido desde entonces, hasta la publicación de las Cartas Persianas. Si dijera que desde mediados del siglo pasado hemos perdido algo, y particularmente en matemáticas y física buena, y de más a más nos indicara la causa y el remedio, haría algo de provecho.

»6. Segunda, parte de esto es lo que sigue diciendo; a saber: Que no tenemos más que un libro bueno, y es el que ridiculiza todos los restantes. Ni el tal libro es el solo bueno, ni ridiculiza a todos los restantes. Sólo se critican en él los de la caballería andante y algunas comedias.

»7. Alguna noticia que tuvo de las Batuecas mal traída, sin duda, le hizo decir que teníamos en nuestro continente países poco conocidos. Ahora esto ya ves cuan floja crítica forma; y con poco menos fundamento dice: «que aunque nos jactamos de que el sol nunca deja –78– nuestras posesiones, no ve en ellas sino países desiertos y campos arruinados». Lo cierto es, que la disminución de la población de la península (de millones en tiempo de Augusto, en tiempo de Fernando el Católico, y en el nuestro, sin contar las provincias de Portugal) ha arruinado en mucho este país, pero siempre estará muy lejos de verificarse, mientras no se aniquile la cultura de Cataluña, donde se han plantado viñas en las puntas de los cerros, y suben los hombres atados con cuerdas para trabajar, y la fertilidad de Andalucía, donde desde Bailén, a la orilla de la mar, materia de cincuenta y tantas leguas, no se ve sino trigo y aceituna; la abundancia de la huerta de Murcia, en cuyas cercanías ha habido ejemplar de

cogerse ciento y veinte fanegas de cosecha por una de sembrado; las cosechas de Castilla la vieja, que en un año regular puede mantener media España, y otros pedazos de la península, que la hicieron el objeto de la codicia de las primeras naciones que comerciaron y navegaron.

»Con que conocerás el peligro que hay en hablar de un país extranjero sin haberlo visto, aun cuando se posea un gran talento, un sólido juicio, una profunda erudición y un carácter respetable en las Repúblicas política y literaria».

Aquí paró mi padre; y se levantó dándome su mano a besar, según su ridículo estilo antiguo, y diciéndome que deseaba enviarme a Valencia a que viese un pedacito de terreno que me había comprado, y añadido, al corto, pero honroso vínculo de su casa.

Dígame Vmd. qué he de hacer en este caso, pues aquí que nadie nos oye, aseguro que me – 79– quedé casi casi confuso, conociendo, que si sigo el dictamen de mi padre, seré un gran sector toda mi vida, y no podré brillar, como deseaba, y veo, no sin envidia, a otros; cuan fácil me hubiera sido conseguirlo con los documentos de Vmd. cuya importante vida guarde el cielo para instrucción de sus discípulos, aumento de las ciencias, ornamento de este siglo filosófico y civilizado y alivio de los que no tienen genio de estudiar como yo, &c. &c.

(Aquí la firma.)

Post-scriptum o post-data.

Mire Vmd. si yo había tomado poca determinación. Era mi ánimo salirme unos quince días de España, y volver preguntando, no cómo se llama el vino y pan en castellano, según Vmd. lo aconseja en su muy sólida, madura y benemérita instrucción, sino preguntando, viendo a mi padre con otros amigos suyos: «¿Quién de estos caballeros es mi padre?».

Esto sí que me hubiera immortalizado en la República a la violeta. Vmd. mismo me hubiera tenido envidia.

–80–

NOTICIAS PERTENECIENTES a esta obra, o bien anécdotas o lo que sea, que el demonio de la palabrilla me gustó la primera vez que la oí, la repito siempre que hay ocasión, y jamás la olvidaré, aunque ni entonces la entendí, ni ahora la entiendo, ni la entenderé jamás; ¿pero qué importa no entender una palabra, para pronunciarla con frecuencia y desembarazo?

A la demasiada austeridad del siglo pasado en los ademanes serios, que eran tenidos por característicos de sabio, ha seguido en el presente, una ridícula relajación en lo mismo. Entonces se creía que no se podía saber, sin esconderse de las gentes, tomar mucho tabaco, tener mal genio, hablar poco y siempre con voces facultativas, aun en las materias más familiares. Ahora al contrario, se cree que para saber, no se necesita más que entender el francés medianamente, frecuentar las diversiones públicas, murmurar de la antigüedad y afectar ligereza en las materias más profundas. Los siglos son como los hombres, pasan fácilmente de un extremo a otro. Pocas veces se fijan en el virtuoso medio.

No sé como hubiera aguantado la ridiculez de los tiempos, si hubiera nacido cien años antes; –81– pero sé que no puedo tolerar la superficialidad de los sabios aparentes, de que se ha inundado la península en la era en que vivo. Este torrente arrebató cuanto encuentra, y no hay obstáculo que oponerle, sino otro de igual naturaleza, a saber, otra superficialidad.

De aquí me vino el pensamiento de escribir una crítica de estos falsos sabios, hablando en su estilo por los siete días de la semana, tratando en cada uno de ellos una de las principales facultades. Comunicé esta idea a un amigo, a todas luces apreciable. Este, cuyo nombre debo callar, habiendo hecho su elogio, aprobó mi intento, sintiendo con más razón que yo el número y perjuicio de estos pseudoeruditos, porque posee a fondo algunas facultades, singularmente la buena física y las matemáticas, con un gusto muy fino en los demás ramos de literatura. Di principio a la obra, y la continué con el método de llevar a su casa cada día lo que había hecho la víspera, con cuya ocasión me reprendía o aplaudía lo trabajado como amigo; esto es, sin disimular los defectos por adulación, ni tacharme por envidia lo que le parecía bueno. A pocos días, llegué a la conclusión de la obra, y no intentando publicarla, la dejé olvidada cerca de un año, hasta que otro amigo, de igual aprecio, se encargó de publicarla, lo que se hizo con las licencias necesarias y la fortuna de despacharse toda la impresión (menos veinte y siete ejemplares, para que el diablo no se ría de la mentira), antes que se pudiese anunciar en la Gaceta.

Las críticas que se han hecho de la obra, son como acontece en estas ocasiones, las unas – 82– malas y las otras buenas; de las últimas las tres siguientes me parecen las más notables.

I. Que el artículo de la Retórica era muy corto. Es verdad; y lo hice así por no abultar demasiado aquella lección, habiéndome dilatado tanto en la poesía, facultad que me deleita, a quien debo el consuelo de algunas pesadumbres, y será siempre el remedio de mis melancolías.

II. Que la obra no era mía, porque no podía ser mía; yo respondí a quien me lo dijo: «la obra puede ser mía, porque es mía».

III. Que yo mismo me he retratado. Si se entiende por erudito a la violeta un hombre que sabe poco, declaro que me he retratado con vivísimos colores, por más que el amor propio quiera borrar el cuadro. Pero si se entiende por erudito a la violeta lo que yo entiendo, y quise que todos entendiesen desde que puse la pluma al papel; a saber, uno que sabiendo poco, aparente mucha ciencia, digo que no se me parece la pintura ni en una pincelada. De

la calumnia apelo a los que me tratan, y digan si jamás se me ha oído hablar de facultad alguna con esa parada y ostentación, por más que me incitan a ello los ejemplos de tantos como veo y oigo por ese mundo lucir con cuatro miserables párrafos que repiten, así como un papagayo suele incomodar a toda la vecindad con unas pocas voces humanas mal articuladas.

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

